

## La investigación histórica hoy: recuperando lo pequeño (1)

Eduardo José Míguez

Cuando los organizadores de estas Jornadas tuvieron la amabilidad de invitarme a iniciar este diálogo en el acto de apertura, y me propusieron hacerlo refiriéndome a la investigación histórica hoy en la Argentina, el tema me pareció adecuado. Nos convoca hoy un encuentro de historia que es regional, y lo es en más de un sentido: es un encuentro básicamente de historiadores de la región, es un encuentro sobre la historia de la región, es, finalmente, un encuentro de historia regional. Y no se trata tan sólo de un juego de palabras. Que los historiadores de la Patagonia se junten es sin duda algo útil desde el punto de vista de la actividad profesional. Pero desde el punto de vista de la práctica historiográfica, es sobre todo significativo, no sólo que se haga historia sobre una región, sino que se haga historia regional. Esto es, no sólo que se piense en la realidad histórica referida a un fragmento espacial determinado, sino que se construya el análisis de la realidad en términos de una lógica inherente a ese objeto regional mismo. Es decir, tratar de comprender un determinado fragmento espacial de la realidad en términos de su propia dinámica, con instrumentos que nos permitan centrar nuestra atención en lo más concreto, y por ello en lo pequeño. Y precisamente, es éste un factor que se ha revalorizado fuertemente en la investigación histórica en los últimos años en la Argentina -y no sólo en ella- la historia regional, la historia de lo pequeño, la micro-historia. Es por ello que me pareció adecuado iniciar estas jornadas con una reflexión sobre la investigación histórica tal como la practicamos hoy en la Argentina, poniendo el acento en la recuperación de lo pequeño como forma de conocimiento.

Pero para iniciar una reflexión sobre la investigación histórica es necesario partir de una idea de qué es la historia, en especial, porque la historia tal como la practicamos hoy no se parece mucho a lo que hasta hace poco se pensaba generalmente que era. No puedo dejar de recordar, a este respecto, a una fastidiosa profesora de historia que dedicó varias horas de clase en mi primer año de nivel medio a machacarnos que "la historia es el relato de los hechos

(1) Este texto corresponde a la conferencia presentada en la apertura de las Primeras Jornadas de Historia Social y Económica de la Patagonia, realizadas en Viedma el 22 y 23 de Agosto de 1988. La presente versión escrita respeta la forma original, y no se han incluido referencias bibliográficas o aparato de erudición. Las deudas intelectuales, desde E.H.Carr y Luis González y González hasta J. Toulmin, son numerosas, y sus huellas serán perceptibles sin duda para quienes se hallen familiarizados con la problemática aquí tratada, aunque las opiniones vertidas, claro está, son responsabilidad del autor.

pretéritos del hombre, a partir del surgimiento de la escritura, cronológicamente ordenados". A veces me pregunto cómo llegué a estudiar historia después de la triste experiencia de una asignatura así concebida; pero después de todo no es tan incomprensible, ya que nuestra actividad como historiadores no se parece en mucho a la que nos proponía aquella vieja definición. En efecto, con los años he visto, no sin un cierto placer revanchista, como rápidamente se desmoronaba aquella vieja definición.

Hoy, en primer lugar, ya nos suena ridícula la separación entre historia y pre-historia. En efecto, no parece útil separar campos de conocimiento según el carácter escrito o no de los restos que utilizamos para elaborarlos, máxime cuando por un lado estamos apelando al paisaje como forma de acceder al pasado a veces remoto, a veces reciente, y por otro a la semiótica y la filosofía para tratar de reconstruir mitos profundamente remotos. Tampoco lo de cronológicamente ordenados sobrevive en una época en que los "distintos tiempos" de Braudel, las "estructuras sincrónicas" del estructuralismo, los "desfasajes del tiempo" de Althusser, etc., se han encargado de echar por tierra cualquier concepción simple y lineal del tiempo. Ni siquiera el concepto de hecho histórico implícito en aquella definición se corresponde a una historia construida con niveles de precios, tasas de crecimiento, variaciones climáticas de corto, mediano y largo plazo, etc.

Pero quizás mucho más contradictorio con aquella definición que todo, sea el drástico abandono de la idea de que la historia es un cúmulo de relatos de hechos pasados. Dejemos de lado el debate corriente sobre la historia como relato, la historia narrativa. Cualquiera fuere la postura que adoptemos en él, pocos sostendrían hoy la idea latente de aquella definición. Podemos quizás discutir sobre el carácter de la actividad del historiador, pero pocos colegas o epistemólogos dudarían hoy que la historia es una actividad, un saber en construcción, y por lo tanto, el proceso mismo de su construcción. Y aquí llegamos a un punto central en esta reflexión; nos planteamos si la actividad del historiador es **narrar los hechos pasados**, o reconstruir mentalmente el pasado en el presente, **The enactment of the past**, decía Collingwood, volver mentalmente a poner al pasado en escena. Y esta reconstrucción del pasado, necesariamente parcial, necesariamente selectiva, necesariamente fundada en nuestro propio instrumental analítico -aquel que compartimos con una época, y sobre todo, con el círculo profesional de quienes asumen los objetos y la particular aproximación a la realidad propia del historiador-, es en realidad una construcción original.

Es esta una cuestión clave sobre la que existe mucho menos claridad de la que somos generalmente concientes. Los "hechos" con que trabaja el historiador, ¿son hechos reales del pasado, o son construcciones mentales? Y si lo segundo, ¿cómo se

define o caracteriza la relación de correspondencia que existe - o debería existir - entre ambos?. Dicho de otra manera, ¿qué es lo que diferencia la historia de la ficción?. Pongamos algunos ejemplos para tratar de confundir un poco más las cosas. Si digo que hacia fines del siglo XIX se observa en Patagones, o mejor aún, en la Argentina, una caída rápida de la tasa de mortalidad, pocos dudarán que se trata de una construcción del historiador. En cambio, si afirmara que el 18 de junio de 1895 murió a los 57 años de edad Juan Perez, tenderemos a pensar que posiblemente se trate de un hecho que realmente ocurrió, y que sólo lo estoy narrando, no construyéndolo. ¿y qué si hablo de la "región patagónica" o la "república oligárquica"?. No existen marcas objetivas, es decir, marcas que estén en las cosas mismas, en los propios objetos, que delimiten fragmentos del espacio o del tiempo que se correspondan unívocamente a estos conceptos. Aún hechos u objetos cruciales, como la Cordillera de los Andes o el triunfo radical de 1916 sólo son hitos divisorios porque el historiador escoje hacerlo, probablemente atendiendo a un conjunto de criterios que él mismo seleccionó. Pero en alguna medida, una medida por cierto mucho más reducida, pero sin duda real, ese mismo Juan Perez que murió en Patagones en 1895 también es una abstracción. Como objeto histórico, sólo existen las dimensiones de su realidad que el historiador escoja ver, y aún éstas, concebidas en los términos que el propio historiador define - o, más bien, generalmente en los términos y conceptos que su grupo profesional de referencia ha adoptado.

Los hechos reales existieron, estuvieron allí, dejaron sus huellas, ¿pero cómo se relacionan con la historia que hacemos los historiadores?. Si tratamos de trascender nuestros conceptos ordenadores, intuiremos más allá una realidad caótica, anárquica: pero sólo será una intuición: despojados de ellos no la podremos siquiera imaginar. Son entonces nuestros conceptos los que ordenan y jerarquizan, y hacen inteligible, aquello que percibimos como la realidad externa, y que en nuestro caso, son los resabios de los hechos pasados. La operación de construcción del saber histórico comienza por decodificar, en la clave del bagaje conceptual que nos provee la disciplina, esos resabios de los hechos pasados: hechos remotos, que nos legaron resabios muy tenues; hechos recientes, que entre las múltiples señas que aún perviven de ellos se encuentra la memoria de los mismos actores. Hechos simples, como la muerte de Juan Perez, o elaborados, como la expectativa de vida. Estamos en un terreno más conocido: análisis y crítica de fuentes. Pero fuentes que inspiran nuestra propia construcción, de acuerdo a nuestros códigos profesionales; códigos de historiadores, códigos también históricos, que van cambiando con el tiempo.

Así, la "operación histórica" aparece como un eterno camino de ida. Cada historiador, o mejor, el esfuerzo colectivo del conjunto de la profesión, va construyendo una imagen del pasado; pero si pretendemos volver atrás para "cotejarla con la

realidad". lo único que haremos será enfrentarla con un espejismo de sí misma, también marcado por nuestras herramientas profesionales. Esta confrontación será útil sólo para mejorar la coherencia interna de nuestra construcción, pero jamás dispondremos de una maqueta externa, "objetiva", que nos permita ver si la obra se ajusta a ella.

Una imagen pictórica sirva quizás para ilustrar lo que digo. A través de sus resabios tomo de la realidad pasada; pero no tomando como apropiación, sino tomando como observación: me quedo con la imagen, no con el hecho en sí, y es una imagen tomada con un determinado lente; desde un cierto ángulo. Y con esas imágenes se va construyendo un cuadro, pero es como uno de esos cuadros fragmentados en un rompecabezas, en este caso de infinitas piezas. Y además, si fuera posible, es un cuadro en movimiento. Cada pintor individual va trazando los lineamientos de la pequeña pieza que le toca construir, buscando su equilibrio y coherencia, y que refleje de la mejor forma posible esos resabios de los hechos pasados, que va conociendo y concibiendo en términos de su marco referencial. Y es este último, el instrumental conceptual básico compartido el que permite que cada pieza individual ensamble en el conjunto. Para poder construirla, sin embargo, es cada tanto necesario echar una mirada más abarcativa, tener simultáneamente una visión del todo en el que la pieza deberá encajar. Pero como en toda empresa intelectual dinámica, esa obra completa nunca quedará finalmente delineada. No existe una historia definitiva, como tampoco hay una física o una música que lo sean; cada una con sus reglas busca permanentemente una construcción creativa, en el caso de la historia, la construcción de una explicación del pasado humano.

Hace unos años atrás, una oleada teoricista dominaba la profesión, y no sólo a ella, claro está. La atención estaba puesta mucho más en el instrumental de análisis que en la realidad que tratamos de captar. Y sobre todo, parecía suponerse que ese instrumental era todopoderoso; que era posible formular modelos teóricos monumentales capaces de explicar todo de una sola vez. Volviendo a nuestra metáfora, que era posible en forma rápida y certera trazar los lineamientos generales del cuadro, para que después sólo fuera necesario un relleno de pequeños detalles, en el fondo sin importancia. Se intentaban así modelos que tiranizaban la realidad, que eran completos y perfectos; solo que cuando se recordaban algunas de las normas más viejas y básicas de la tradición del historiador aparecían las dificultades e incoherencias en el ajuste de la visión del pasado, las dificultades para encajar allí las pequeñas piezas que trabajosamente se construían desde las fuentes.

No era un mal nuevo, por cierto. Muchas disciplinas intelectuales han estado sujetas a lo largo de su historia a estos brotes de soberbia. No siempre son estériles: muchas veces, una vez superados, dejan sobre el horizonte de la

disciplina un conjunto de ideas y conceptos que, si bien no son la piedra filosofal, como en su momento de auge pudo haberse creído, son sí una contribución efectiva, enriquecedora. Pero vista desde nuestra perspectiva actual, en las disciplinas sociales, y particularmente en la historia, la pretensión de formular grandes sistemas teóricos capaces de abarcar y articular a la corta o a la larga a un dogmatismo que produce un estancamiento en el desarrollo de la investigación.

Es ésta, aparentemente, un notoria diferencia entre las disciplinas sociales y las naturales. En las segundas, la formulación de grandes modelos omniabarcativos -la mecánica de Newton, la cosmografía copernicana, la teoría de la evolución de Darwin, etc.- pueden producir largos años de fructífero avance, y sólo en pocas ocasiones (como en el caso del sistema ptolomeico hacia la época renacentista) se transforman en trabas para el desenvolvimiento del conocimiento. Además, estos modelos parecen subsistir hasta su reemplazo por otro. No ha ocurrido lo mismo en las materias que abordan temas del hombre, y particularmente en la historia. Pareciera que nuestra actividad, si bien encuentra cierto estímulo en estos esquemas cosmogónicos, no puede vivir sujeta a ellos sin ahogar su capacidad creativa y esto refiriéndonos sólo al problema del conocimiento, no consideraremos ahora las consecuencias terribles que la soberbia intelectual y el dogmatismo pueden provocar en el campo de la acción colectiva.

Así, en tanto que los períodos de producción más fecundos en otras disciplinas están generalmente vinculados con sistemas teóricos que les proponen programas de investigación precisos, en la actividad histórica la creatividad disciplinaria suele ligarse con programas de investigación fragmentarios, con sistemas de ideas abiertos, de un gran dinamismo, donde las novedades conceptuales son mucho menos drásticas pero más frecuentes. Se plantea así un amplio espectro de temáticas, programas de trabajo en cada área, que buscan responder a cuestiones concretas, pequeñas preguntas que van rearmando aquel rompecabezas más amplio, siempre cambiante por las nuevas piezas que se van agregando. Y como dijimos, a la vez que se construyen y colocan las piezas es necesaria una idea al menos de la figura global que se está armando. Cada área disciplinaria delimita una zona de ese cuadro dinámico, y cada zona en su perfil general deberá ir armonizando además con el resto. Dentro de esta dinámica van apareciendo, entonces, las necesidades de nuevas piezas, e incluso de nuevos instrumentos para construirlas.

Creo que la etapa actual de la historiografía argentina es precisamente una en la que predomina la necesidad de la construcción de piezas pequeñas. Las décadas pasadas han dejado imágenes globalizantes; y por más que todas ellas, seguramente, nos parezcan inadecuadas, por afinidad o por rechazo a las mismas (afinidades y rechazos por lo general parciales), se han perfilado un conjunto de programas fragmentarios, que parecen

útiles guías para orientar el trabajo en diversas áreas de la actividad historiográfica. Y hasta que a través de ellos no construyamos más pequeñas piezas, hasta que no modifiquemos y clarifiquemos un poco más algunos segmentos del rompecabezas, quizás no estemos aún en condiciones de volver a tratar de reformular la visión del todo.

Hace unos días apareció en un diario capitalino el comentario de un colega que se lamentaba del abandono de los "grandes temas" en la producción historiográfica argentina de hoy. Puede haber, sin duda, una explicación socio-psicológica. Pero más allá de ello, y mirándolo desde la dinámica propia de la disciplina, creo que esto tiene que ver con la tácita formulación del propio programa de investigación vigente. La tradición de la profesión nos hace intuir que la vía de avance creativo hoy no está en los grandes proyectos globalizantes, sino en la búsqueda de respuestas a las pequeñas preguntas concretas.

Claro, dada la trayectoria de la historia en la Argentina, vale aquí una aclaración. No hay que confundir la investigación de lo pequeño y concreto, inscripto en un marco interpretativo más global, con la recolección de minucias del anticuario, en cuyo sistema nomológico éstas tienen un valor en sí mismas, y a quien no pareciera interesarle ningún intento de comprensión más general. Este tipo de empresa arqueológica, aún muy frecuente en la Argentina incluso dentro del propio medio académico (de hecho era la tendencia dominante en las universidades hasta la apertura democrática, y lo sigue siendo en algunas de ellas), puede tener su valor o legitimidad propia, pero no se vincula a ningún modelo disciplinario de la historia, o lo hace a uno ya hace tiempo abandonado, perdiendo así reconocimiento como actividad profesional válida en el marco de la historiografía actual.

Pero dejando esta forma desviada de la historia, si estoy en general en lo cierto, la recuperación de lo pequeño en la investigación historiográfica presente en la Argentina responde en buena medida a las necesidades concretas de nuestra disciplina. Sería abusar de ustedes, extenderme ahora en una reflexión sobre la trayectoria de nuestra profesión en el país en años recientes. Pero poca duda cabe que por distintos motivos, a veces intelectuales, pero por lo general de orden más bien sociológico, ha sido muy difícil encontrar un ámbito adecuado para el desarrollo de la actividad profesional. Si bien ésta siempre ha subsistido de una forma u otra, salvo en breves períodos lo ha hecho de manera más bien marginal, lo que ha impedido que desarrolle plenamente el potencial creativo de su bagaje conceptual. y si no me equivoco, esto está dejando de ser así a partir de 1984. Es lógico, entonces, que florezca una inquietud intelectual multiforme, y creo que deberíamos hacer un esfuerzo por no disciplinarla demasiado. El atraso de nuestra producción ha dejado muchos caminos por recorrer, y la reformulación de una imagen global requiere avances en todos

ellos. Es posible que en ámbitos profesionales más desarrollados sólo las novedades conceptuales señalen líneas más fructíferas de producción académica, y esto justifique las modas. En nuestro caso, sin embargo, sin renunciar a las nuevas corrientes, creo que aún es útil revisar cuestiones más tradicionales, pero que aún no han tenido un tratamiento adecuado.

Por lo que vemos, y si mi diagnóstico de situación no es equivocado, creo que estamos en una coyuntura profesional bastante favorable. Nuestro bagaje conceptual fragmentario, ecléctico y de límites imprecisos no es un obstáculo -más bien lo contrario- para la búsqueda y construcción histórica; y numerosos senderos se abren ante nosotros. Más aún, son senderos que, como la cuantificación económica o demográfica, el estudio de las migraciones y las diversas formas de integración social, la dinámica de ámbitos locales y regionales, la conformación de formas individuales y colectivas de lo mental en los distintos ámbitos sociales, etc.; ya han demostrado su viabilidad y sus frutos en otros contextos espacio-temporales, y esto estimula nuestra propia producción. La tarea es entonces prometedora, y es por ello, probablemente, que pese a las dificultades de diversa índole que encontramos en nuestro camino -y que son demasiado conocidas por todos los presentes como para que valga la pena siquiera mencionárselas- que con entusiasmo nos reunimos en ocasiones como esta para compartir nuestros avances en esa ardua pero creativa tarea que es la cuidadosa construcción de los pequeños fragmentos del rompecabezas.

Ya que estamos en un encuentro de historia regional, quisiera concluir esta charla con una breve reflexión sobre algunas cuestiones vinculadas a este tipo de enfoques. Creo que es uno particularmente apto a la vocación del historiador y a la perspectiva "concretista" que prevalece entre nosotros. Podemos, sin embargo, preguntarnos qué es una región; cuál es precisamente el ámbito regional. Al hacerlo, recordemos ante todo que los objetos de estudio del historiador no tienen una existencia real, externa a su propio trabajo. Inútilmente buscaremos regiones delimitadas y con un ordenamiento y jerarquización interna en la "realidad". No se trata de descubrir regiones que realmente existieron, sino tan sólo de crear, inventar regiones que sean reales para ayudarnos a responder aquellas preguntas que nos hemos formulado; a interpretar aquellos signos del pasado que retomamos como datos básicos, en función de los signos exegéticos que utilizamos. Lo más distintivo en esta tarea es la existencia de homogeneidades y heterogeneidades, y la complementariedad o no de estas últimas. Así, al delimitar un ámbito de estudio, podemos hacerlo en forma más o menos arbitraria, respondiendo a cuestiones prácticas, como el ordenamiento de las fuentes, las posibilidades de investigación, o más o menos "intrínseca", buscando un espacio que aparezca como homogéneo desde el punto

de vista que hemos escogido para observarlo o que siendo heterogéneo sea complementario.

Es obvio, entonces, que las posibilidades de regionalización son infinitas. Si optamos por una regionalización intrínseca y homogénea, encontramos que cada punto de vista distinto puede llevarnos a definir espacios también diferentes. El ámbito de establecimiento de un grupo étnico se relacionará seguramente con la difusión de ciertas prácticas culturales, pero no tiene por qué coincidir con el espacio en que predomina cierta organización de la producción o la política, o con la geografía de ciertas enfermedades, o con ámbitos isométricos para algunas variables demográficas, etc. algunas regiones pueden ser homogéneas desde varios puntos de vista, pero heterogéneas desde otros, y así infinidad de combinaciones. Lo mismo ocurre en cuanto a la complementariedad. Podemos encontrar ámbitos económicamente complementarios, que cultural o políticamente, poco tienen que ver entre sí (o a la inversa).

Una región intrínseca, entonces, puede ser útil sólo desde el o los puntos de vista de quien la construye. ¿Y qué de las regiones arbitrarias?. Aquí lo importante es no confundir lo homogéneo y lo heterogéneo. Nada invalida la circunscripción de un espacio cualquiera, siempre y cuando sea uno adecuado al tipo de investigación que se desea realizar, sería ilusorio, por ejemplo, intentar el análisis de los factores que impulsaron a la transición demográfica en la Argentina tomándola como un todo, o en el extremo opuesto, comprender la lógica de concentración de un sistema económico atendiendo a sólo un fragmento de su espacio dinámico. Pero es fundamental no presuponer que esos límites arbitrarios tienen algún significado hermenéutico, no imponer una forzada igualdad interna, promediando lo diverso, o desconocer las líneas de homogeneidad o complementariedad que van más allá de los límites escogidos.

Lo que normalmente llamamos historia regional, entonces, no siempre proviene de un intento de regionalizar. Una cosa es definir una región a partir de una lógica interna -lo que llamamos una región intrínseca-, lo que sí implica un intento de este tipo, y otra es circunscribir por motivos prácticos de investigación un ámbito delimitado arbitrariamente, y focalizar en él nuestra atención. Lo que generalmente ambas operaciones tienen en común es que al volcarse sobre espacios reducidos se gana en profundidad y en riqueza de la imagen que se construye.

Lo bueno de un espacio chico es que la mirada puede abarcar más dimensiones de su compleja trama, y darnos una imagen más rica de su activa multiplicidad. Vista desde lejos, toda la Patagonia es un desierto, con algunos pozos de petróleo, una estrecha franja boscosa andina, y unos pequeños valles fluviales. En estos días, seguramente, ustedes irán desplegando un panorama mucho más variado, lleno de matices,



que contribuirá a una visión histórica más rica de la región y del país. Y aunque estemos aquí, en un rincón aislado de la tierra, en este alejado apéndice austral del planeta, la tarea que en estos días comentaremos es una parte importante de esa constante construcción de pequeños segmentos de la imagen del pasado que van articulándose en la conformación de una interpretación global de esa imagen, que es nuestra tarea de historiadores.